

# Revista de la CEPAL

*Secretario Ejecutivo*  
Gert Rosenthal

*Secretario Ejecutivo Adjunto*  
Carlos Massad

*Director de la Revista*  
Aníbal Pinto

*Secretario Técnico*  
Eugenio Lahera



NACIONES UNIDAS  
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE  
SANTIAGO DE CHILE, ABRIL DE 1992

**SUMARIO**

En memoria de Fernando Fajnzylber. <i>Gert Rosenthal</i> , Secretario Ejecutivo de la CEPAL.	7
América Latina y la internacionalización de la economía mundial. <i>Mikio Kuwayama</i> .	9
Privatización y retracción del Estado en América Latina. <i>David Félix</i> .	33
Reforma de las empresas públicas latinoamericanas. <i>Antonio Martín del Campo y Donald R. Winkler</i> .	53
El empresario centroamericano como actor económico y social. <i>Andrés Pérez</i> .	77
¿Por qué los hombres son tan irresponsables? <i>Rubén Kaztman</i> .	87
Tesis erradas sobre la juventud de los años noventa. <i>John Durston</i> .	97
Las relaciones entre descentralización y equidad. <i>Sergio Boisier</i> .	113
Reorientación de la integración centroamericana. <i>Rómulo Caballeros</i> .	133
El MERCOSUR y las nuevas circunstancias para su integración. <i>Mónica Hirst</i> .	147
Vinculación industrial internacional y desarrollo exportador: el caso de Chile. <i>Alejandra Mizala</i> .	159
El pensamiento de Prebisch. <i>Ronald Sprout</i> .	187
Orientaciones para los colaboradores de la <i>Revista de la CEPAL</i> .	204
Publicaciones recientes de la CEPAL	205

## ¿Por qué los hombres son tan irresponsables?

*Rubén Kaztman\**

En este artículo se pretende responder a la pregunta del título, que se refiere especialmente a los hombres de sectores populares urbanos. La información estadística revela un comportamiento que elude las obligaciones asociadas a la constitución y mantenimiento de una familia y que se vincula con el aumento de las tasas de ilegitimidad, de la proporción de embarazos adolescentes y de las tasas de abandono de familias con niños.

Para tal efecto se analizan diversos cambios estructurales en América Latina que pueden haber influido en el comportamiento descrito. Los principales cambios en los sistemas familiares sin duda han desempeñado un papel; en particular, estas transformaciones han afectado la posición del hombre dentro de la familia de sectores populares urbanos. Entre los factores analizados se cuentan las modificaciones del papel de proveedor de ingresos y de modelo para las nuevas generaciones, y la supremacía masculina como valor.

El artículo concluye que una proporción importante de la población aludida se encuentra inhabilitada para el desempeño del papel de esposo y de padre. Esta situación anómica genera un circuito perverso en el cual el incumplimiento de las obligaciones asociadas a esos papeles debilita la autoridad del hombre dentro de la familia, lo que a su vez contribuye a acelerar su desprendimiento de dichas obligaciones.

\*Oficial Principal de Asuntos Sociales, División de Desarrollo Social de la CEPAL.

## Introducción

En una reunión informal que congregó a profesionales de la CEPAL, una alta funcionaria del Fondo de las Naciones Unidas para Actividades de Población expuso los principales problemas que se enfrentaban en su campo, y culminó su intervención con la pregunta que encabeza este artículo. El interrogante, referido especialmente a los hombres de sectores populares urbanos, surge de la información acumulada sobre un comportamiento que elude las obligaciones asociadas a la constitución y mantenimiento de una familia, y que se vincula con el aumento de las tasas de ilegitimidad, de la proporción de embarazos adolescentes y de las tasas de abandono de familias con niños.

### I Sesgos en los estudios de familia

La pregunta es bienvenida, por cuanto estimula la búsqueda de información acerca de los cambios recientes en la situación de los hombres y de su impacto en la constitución y organización de la familia. A mi entender este tema fue parcialmente opacado en los últimos decenios porque la atención de académicos y de encargados de las políticas sociales se desplazó hacia la situación de la mujer. Ciertamente había suficientes razones para justificar ese desplazamiento. Una de ellas fue el contraste cada vez más visible entre las ideologías igualitarias predominantes en el mundo occidental y la discriminación real a la que es sometida la mujer en ámbitos importantes de la vida social. Otra fue el incremento de responsabilidades que tuvieron que asumir en la reproducción biológica y social de sus familias ante la defección del hombre o ante la necesidad de complementar sus ingresos afectados por graves crisis económicas. Aun otra, fue la creciente evidencia de que la jefatura femenina de núcleos familiares se asociaba a la transmisión de la pobreza entre generaciones y, de ese modo, al establecimiento de estructuras sociales más inequitativas.

La preocupación por la situación de las mujeres tuvo significativas consecuencias en la dirección que tomaron las investigaciones y en el diseño de políticas relacionadas con las familias. En el ámbito académico proliferaron estudios so-

bre el tema basados en historias de vida de mujeres, análisis de la evolución del número relativo y de las condiciones de vida de madres adolescentes solteras y de jefas de hogar sin cónyuge, así como descripciones de sus perfiles, comparados con los de las mujeres casadas. Más aún, en los últimos años se produjo una suerte de superposición entre los estudios de la mujer y los de la familia. Un ejemplo de ello se puede observar en una revisión realizada por Ana Jusid (1988) para la UNESCO de la literatura sobre familia en América Latina. De los 204 títulos incluidos, en 52 hay referencias a la situación de la mujer o a la maternidad, y sólo en dos de ellas al hombre o a la paternidad.<sup>1</sup>

Los estudios que apuntan a comprender las condiciones objetivas y los contenidos subjetivos de la vida de esposas y madres sin duda han ayudado a entender mejor la evolución de la estructura y el funcionamiento de las familias. El sesgo implícito en su perspectiva tiene legitimidad histórica, y las transformaciones socioeconómicas efectivamente han hecho que las mujeres sean cada vez más el "vértice de la organización familiar" (Raczynski y Serrano, 1985, p. 108). Creo, sin embargo, que todo ello no justifica por sí mismo la concentración actual de los estudios de la familia en la situación de la mujer, y que

la investigación y la búsqueda de antecedentes para la formulación de políticas deberían estar orientadas más bien a profundizar el conocimiento de los procesos de desorganización familiar que conducen a tales resultados. Al respecto, en este artículo se plantea que la causa inmediata más importante de la desorganización familiar es la situación de anomia social que afecta particularmente a los hombres de sectores populares urbanos, y que se caracteriza por un marcado desajuste entre los objetivos culturalmente definidos para los roles masculinos adultos en la familia, por un lado, y el acceso a los medios legítimos para su desempeño, por otro. Las publicaciones recientes sobre la familia en la región reflejan muy débilmente este problema. De hecho, cualquiera que haya recorrido esa bibliografía puede confirmar lo difícil que es encontrar estudios que rescaten el punto de vista masculino sobre los problemas vinculados con la constitución y consolidación de familias. Por lo tanto, es muy poco lo que se sabe acerca de las condiciones bajo las cuales los hombres aceptan o rehúsan las obligaciones que hacen al desempeño estable de los roles de esposo y padre.

Veamos rápidamente algunos de los cambios estructurales que en América Latina pueden haber influido en esa situación de anomia social.

## II

### Cambios en los sistemas familiares

Un rasgo que distingue a las sociedades latino-americanas es la relativa rapidez con que se produjeron en ellas transformaciones socioeconómicas de importantes efectos sobre la organización familiar. Una breve comparación con lo sucedido en los países de industrialización temprana pue-

de aclarar la afirmación anterior. El sistema de producción familiar, que predominó en esos países por muchos siglos, se caracterizaba por la coexistencia de actividades de consumo y producción en el hogar, y por un patrón de interacción de gran densidad apoyado en una mutua dependencia que el relativo aislamiento geográ-

<sup>1</sup> Una simbiosis similar parece darse en el ámbito de las políticas sociales. Muchas de las que están dirigidas a aliviar o erradicar la pobreza se centran en el binomio madre-hijo. Se ha estimulado fuertemente la constitución de centros de madres en las comunidades locales para tomar a su cargo programas de cocinas populares, de cuidado de niños, de capacitación y de promoción de microempresas domésticas, de control de salud, de organización comunitaria de compras para el consumo, etc. Ciertamente esos programas tienen la

virtud de corregir el sesgo masculino tradicional de las políticas sociales y de reconocer tácita o explícitamente, que las mujeres, sea por abandono de los hombres o por graves fallencias en su rol de proveedores principales del sustento económico del hogar, están asumiendo una carga creciente de responsabilidades en el mantenimiento cotidiano de las familias y en el desarrollo biológico y social de los niños.

fico favorecía. El jefe del hogar reunía en su persona los roles de proveedor principal de ingresos, gerente de la empresa colectiva y transmisor de técnicas y habilidades que garantizaban a sus hijos la posibilidad de reproducir el modo de vida familiar en condiciones de cambio social y tecnológico muy lento.

La decadencia de ese sistema coincidió con el surgimiento y propagación de la Revolución Industrial. La fuerza de trabajo agropecuaria fue predominante en Inglaterra hasta 1830 y en Estados Unidos hasta 1907 (Davis, 1984, p. 402), pero antes y después de esas fechas hubo desplazamientos desde labores de cuasisubsistencia en la agricultura, así como de talleres de producción doméstica artesanal, hasta actividades asalariadas en la industria. Comparadas con el ritmo que asumieron cambios similares en los países actualmente subdesarrollados, aquellas transformaciones fueron lentas y continuas, lo que permitió el surgimiento de algunas formas organizativas intermedias que aminoraron el efecto que tuvo en la familia el hecho de haberse separado el hogar del lugar de trabajo. Tal fue el caso, por ejemplo, en las fábricas de textiles de algodón en la Inglaterra de fines del siglo XVIII y principios del XIX. En ellas, según Smelser (1968), se contrataba a familias enteras, lo que permitió preservar por algún tiempo la facultad de los padres de adiestrar a sus hijos y supervisar sus labores en la industria.<sup>2</sup> Datos sobre los cambios en la compo-

sición de la población económicamente activa en Francia desde principios de siglo, también muestran una reducción pausada y continua del "sistema de trabajo familiar" (Przeworsky, Barnett y Underhill, 1980). La relativa lentitud con que se introdujeron tecnologías de producción y organización de las actividades económicas dio tiempo a que, a lo largo de varias generaciones, las personas fueran ajustando sus patrones de comportamiento familiar a las nuevas realidades. Esto permitió consolidar la asignación de roles específicamente laborales y fuera del hogar a los hombres, y de roles específicamente domésticos a las mujeres (*breadwinner system*).

Algo similar sucedió con el paso a lo que K. Davis llama el "sistema igualitario", caracterizado por el trabajo de ambos cónyuges. En un seminario reciente de la Asociación Internacional de Seguridad Social (Hoskins, 1990), muchos de los participantes de países industrializados coincidieron en afirmar que los años sesenta marcaron un punto de inflexión en los anales de la familia: el *breadwinner system* dejó de ser la norma. Las tasas de participación de las mujeres casadas indicaban que en la mayoría de las familias ambos cónyuges se habían incorporado a la fuerza de trabajo. En Estados Unidos, por ejemplo, dichas tasas se elevaron en promedio aproximadamente un punto porcentual por año desde el fin de la segunda guerra mundial, y en 1990 sólo un 5% de las familias se ajustaba al patrón anterior.

### III

## Características generales de los cambios en las estructuras familiares latinoamericanas

En América Latina la velocidad del cambio fue mucho menor. Todavía a mediados de este siglo, el 55% de la población de 19 países latinoamericanos vivía en áreas rurales y su principal fuente de recursos eran las actividades agropecuarias. En 1990, la cifra era de 18% para el mismo con-

junto de países (Naciones Unidas, 1985). A fin de comprender los efectos de este acelerado proceso de urbanización sobre las estructuras familiares es preciso tomar en cuenta algunas características del momento histórico en el que se produjeron las grandes transferencias de población. Me refiero, en particular, al tipo de organización predominante en las actividades productivas urbanas, y al grado de expansión de los medios de comunicación de masa.

Con respecto al primer punto, se puede afir-

<sup>2</sup> Smelser examina la relación entre la protesta obrera de la época y el proceso por el cual la familia fue perdiendo algunas de sus funciones tradicionales en la socialización de sus hijos.

mar que, con pocas excepciones, las empresas industriales, comerciales y de servicios cuya creación coincidió con las etapas de fuerte urbanización adoptaron en su mayoría formas de organización no familiares, en consonancia con la tecnología y la organización de la producción de los insumos para las distintas actividades económicas predominantes en ese momento. El resultado fue una transferencia de trabajadores de empresas familiares a empresas no familiares, tanto mayor cuanto más acelerado y reciente el proceso de urbanización. En lo que hace al segundo punto, también en la mayoría de los países los grandes movimientos hacia las ciudades coincidieron con notables cambios en la cobertura y en el contenido de los mensajes de los medios de información pública. Esto produjo un "efecto de demostración" de las formas y estilos de vida de las sociedades industrializadas, que alteró profundamente las aspiraciones y expectativas de las personas. En ese contexto, el ajuste de las estruc-

turas familiares a las nuevas circunstancias estuvo sujeto, particularmente en las familias migrantes, a presiones contradictorias. Por un lado, la inercia de los patrones culturales tradicionales y el traspaso de pautas de fecundidad rurales a las ciudades, empujaban hacia el mantenimiento de la mujer en el hogar y al tipo de división del trabajo familiar que se describió más arriba. Por otro, las dificultades para satisfacer las aspiraciones crecientes de acceso a elementos de bienestar por parte de los miembros de la familia planteaban la necesidad de que las mujeres complementaran de algún modo los insuficientes ingresos del hogar. En una compleja combinación de causas y efectos, en la que los avances educativos desempeñaron un papel central, la fecundidad se redujo muy rápidamente en los últimos años, ampliando la disponibilidad laboral de las mujeres casadas y, por ende, la posibilidad de que las unidades familiares tuviesen a ambos cónyuges en el mercado de trabajo.

#### IV

### El debilitamiento de la autoridad de esposos y padres en los sectores populares urbanos

La distribución del poder dentro de las familias populares urbanas tiene carácter machista y autoritario, esto es, justificado por privilegios "naturales" del sexo y con poco espacio para la discusión de las decisiones. La legitimidad de ese poder se basa en la fuerza de los valores tradicionales y en el cumplimiento de los roles que ellos establecen. Esta concepción de la distribución intrafamiliar del poder fue atacada simultáneamente desde tres ángulos: i) por el incumplimiento del rol masculino de proveedor único o principal de ingresos que permitieran la satisfacción de las necesidades de los miembros del hogar; ii) por el debilitamiento de la imagen paterna como modelo para las nuevas generaciones, y iii) por la acción de corrientes ideológicas que promueven una mayor igualdad entre los sexos y por ende cuestionan los valores machista-autoritarios.

#### 1. *El rol de proveedor de ingresos*

En un estudio realizado en Chile sobre una mues-

tra de mujeres de estratos populares urbanos se observa que el cumplimiento de las obligaciones económicas por el esposo es fundamental en la evaluación que ellas hacen de su desempeño en la familia (Raczynski y Serrano, 1985). Ese cumplimiento se evalúa en función del grado en que se han satisfecho las necesidades y aspiraciones de consumo de sus miembros. Estas han sufrido alteraciones significativas con la rápida expansión de los medios de información pública, y se han acrecentado con la escolaridad más prolongada de los hijos y su incorporación más tardía al mercado de trabajo, lo que prolonga su dependencia.

La crisis de los años ochenta redujo las remuneraciones del trabajo, aumentó el desempleo y llevó a segmentos importantes de la población a actividades menos productivas, más inestables y con menor cobertura de prestaciones sociales, con lo cual contribuyó a minar la capacidad de los hombres de los estratos populares urbanos para satisfacer las necesidades básicas y las cre-

cientes expectativas de consumo de sus familias. Un indicador de ello es el aumento de la proporción de hogares con ingresos por debajo de la línea de pobreza. Pero este aumento oculta el hecho de que muchos hogares logran salir de la pobreza gracias al trabajo de otros miembros, y particularmente de la esposa.

Un análisis de información sobre seis ciudades (Buenos Aires, São Paulo, Bogotá, San José, Montevideo y Caracas) muestra que durante los años ochenta aumentó considerablemente la participación en la fuerza de trabajo de mujeres casadas y convivientes (en la segunda mitad del decenio llegó a fluctuar entre 40 y 60% en esas ciudades)<sup>3</sup>, y más aún la de madres entre 25 y 39 años con hijos menores de cinco años en hogares nucleares (al final del período su participación se hallaba entre el 33% y el 57%). No sabemos cuán bien refleja esta tendencia lo sucedido en los estratos bajos urbanos, pero un estudio realizado en Montevideo confirma que si no hubiese sido por la participación laboral de las esposas, el porcentaje de hogares pobres en 1981, 1984 y 1987 hubiera aumentado entre dos y tres veces (Kaztman, 1988). Todo parece indicar que muchos hombres de sectores populares urbanos se vieron fuertemente presionados a abandonar su rol de proveedor único. Que esto se hizo en la mayoría de los casos contra su voluntad se refleja en los repetidos comentarios que recogen las entrevistas a esposas acerca de las resistencias que deben vencer para salir a trabajar (Raczynski y Serrano, 1985; Cortázar, 1977; De Oliveira y García, 1991, p. 11, y Mattelart y Mattelart, 1968, p. 120). A tal resistencia seguramente contribuye el significado que otorgan los hombres a la dependencia económica como garantía de fidelidad y de resguardo de sus pretensiones de autoridad en las relaciones maritales.

## 2. *Modelo para las nuevas generaciones*

El modelo de distribución intrafamiliar de poder más arraigado en los sectores populares urbanos fue consolidándose a lo largo de muchas generaciones por la interacción cotidiana de los miembros de las familias rurales, las que, como hemos

visto, constituyeron hasta mediados de este siglo el grueso de los estratos bajos nacionales en la región. El ámbito privilegiado para el despliegue de ese modelo fue la pequeña empresa agrícola. En ella el padre no sólo opera como proveedor principal de los ingresos del hogar, sino que organiza las tareas productivas en un esfuerzo cooperativo de alta dependencia mutua, y adiestra a sus hijos en las habilidades básicas para la realización de sus actividades económicas. En ese contexto, que en los países de urbanización más temprana de la región se reprodujo en talleres artesanales y pequeños comercios urbanos, la adopción del modelo paterno lubrica los mecanismos de incorporación de los hijos al mercado de trabajo, y refuerza la relación padre-hijo y la legitimidad del poder que ejerce el primero dentro de la familia. Varios procesos han contribuido a desarticular esa relación.

La gran mayoría de los jefes de hogar de estratos bajos urbanos son asalariados que se hallan en las posiciones de mayor subordinación. El contacto con sus hijos es escaso. La exposición de éstos a los medios de información pública les ha permitido conocer formas de consumo y estilos de vida más gratificantes que los que observan en su entorno. La juventud se ha constituido rápidamente en una subcultura, reconocida como tal por la publicidad comercial, y objeto de mensajes específicos, con símbolos materiales y no materiales de pertenencia que cambian muy aceleradamente. Esta subcultura, apuntalada cotidianamente por los medios de difusión succiona la imaginación juvenil y es poderoso elemento determinante de sus expectativas y aspiraciones.

El resultado es la ampliación de la brecha generacional. Si bien esto sucede en todos los hogares, la grieta parece tornarse particularmente profunda en los estratos bajos. En primer lugar, porque el período de juventud (de "moratoria de roles") que tuvieron los padres de esos hogares por lo general fue más corto que para los padres de otros estratos, de modo que la superposición de sus marcos referenciales con los de sus hijos es menor, y porque en los estratos bajos se concentran los migrantes rurales, lo que hace que el peso de la socialización urbana sea mucho mayor para los hijos que para los padres. En segundo lugar, porque sus logros están lejos de satisfacer las expectativas juveniles contenidas en los valores subculturales. Los muchachos, más

<sup>3</sup> Nótese que estas tasas corresponden a las que exhibían las mujeres casadas en una serie de países industrializados en los años setenta (Naciones Unidas, 1979).

educados y más conocedores del mundo que en el pasado, tienen un ojo puesto en los símbolos de prestigio de la sociedad moderna y están perfectamente al tanto de lo que las capas medias de la sociedad consideran bienes deseables. Desde esa perspectiva, lo que los padres han conseguido alcanzar se compara pobremente con los elementos que configuran estilos de vida de amplia difusión.

Este desajuste entre esfuerzos y logros reduce la posibilidad de que los hijos consideren el comportamiento o las normas paternas como modelos válidos y eficientes a los cuales ajustar la propia conducta. Por último, sea por la necesidad de contribuir al presupuesto familiar, sea por el deseo de adquirir bienes que la familia no puede proporcionarles y que marcan la pertenencia a la categoría de jóvenes, o simplemente por el afán de conseguir una mayor libertad y autonomía, muchos de ellos se incorporan tempranamente al mercado de trabajo.<sup>4</sup> Independientemente de las causas, la precoz sensación de independencia que produce la obtención de ingresos propios puede agudizar la resistencia de los hijos a la autoridad paterna. Algunas investigaciones sobre violencia intrafamiliar arrojan indicios de que el desgaste de las bases de la autoridad del padre lo induce a tratar de imponer su voluntad al resto de los miembros de la familia de manera autoritaria (De Oliveira y García, 1991), generando de ese modo una sinergia negativa cuyo resultado final es un progresivo deterioro de la legitimidad de un poder que va quedando sin respaldo moral (Heintz, 1965).

### 3. La supremacía masculina como valor

El concepto de la dominación masculina formó parte del núcleo prescriptivo básico de las sociedades tradicionales latinoamericanas, y como tal permaneció por siglos fuera de toda duda y negación (Germani, s/f). Las pretensiones masculinas de concentrar el poder en el hogar estuvieron avaladas por instituciones como la Iglesia, la escuela y las organizaciones nacionales y comunales, en cuyos mensajes —simples, repetitivos y convergentes— estaba implícita la supremacía del hombre en las dimensiones de poder.

<sup>4</sup> Madeira (1986, p. 78), cita investigaciones realizadas en Brasil que destacan el sentido de "libertad" contenido en la decisión de trabajo de los jóvenes.

Tanto la urbanización y modernización de las estructuras productivas como los procesos paralelos de secularización que traían consigo mayor hincapié en el individualismo y en la realización personal, y extendían el examen racional a áreas tradicionalmente consideradas como sagradas, contribuyeron a socavar los cimientos culturales e institucionales de la concepción del poder centrada en el hombre. La expansión notable de los medios de información pública y la consecuente apertura a mensajes múltiples y divergentes coadyuvaban a esa tarea. Las fisuras que abrieron estos procesos fueron ampliadas por la acción de movimientos que sostenían que, tanto por razones éticas como por razones instrumentales vinculadas a un mejor ajuste de la sociedad a las transformaciones tecnológicas, sociales y demográficas, era necesario avanzar hacia una mayor igualdad entre los sexos.

Varios factores están facilitando la penetración de estas ideas en los estratos bajos urbanos o, al menos, de aquellos contenidos que tienen que ver con el cuestionamiento de la concentración del poder familiar en el hombre. En primer lugar se hallan los ya citados acerca de la distancia entre los patrones ideales de comportamiento definidos por los modelos tradicionales de familia y el comportamiento real de padres y esposos. En segundo lugar están los grados de libertad e independencia que va conquistando la mujer a medida que eleva su participación laboral —generalmente obligada por las circunstancias económicas—, sus niveles educativos, sus conocimientos para el control de la reproducción, el acceso a la tecnología doméstica y la disponibilidad de opciones institucionales para el cuidado de los niños. Y, por último, está el decaimiento del control social ejercido por las instituciones tradicionales —y en particular la Iglesia—, que van estrechando sus esferas de acción y mensajes, mientras nuevas áreas de la actividad humana son sometidas al análisis racional.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Un análisis detallado del contenido de las encíclicas, declaraciones, discursos y mensajes de la jerarquía eclesiástica y de publicaciones argentinas relacionadas con la Iglesia, lleva a Wainerman (1981, p. 92) a la siguiente conclusión: "Sobre una imagen de que ambos sexos son esencialmente diferentes, y que sus diferencias físicas y psíquicas, por ser de origen biológico y obedecer al orden divino, son inmodificables, se afirma que la mujer es la depositaria de lo afectivo, del corazón, es un ser débil que naturalmente reina y debe reinar



Aunque todavía no se dispone de resultados de investigaciones específicas al respecto, la escasa información disponible permite suponer que el efecto combinado de estos factores explica en gran medida la devaluada imagen que los hijos

tienen de sus padres frente a la de sus madres, y la que las mujeres tienen de sus esposos, según se desprende de algunos estudios en la región (Cassá, 1989; Gissi, 1978; Raczyński y Serrano, 1985).

## V

### El debilitamiento de la autoridad de padres y esposos y sus consecuencias

Aprisionados entre compulsiones materiales apremiantes, transformaciones en los patrones valorativos que amenazan su rol tradicional y escasas posibilidades —disminuidas aún más por la crisis— de acceder a medios legítimos de satisfacer las necesidades y aspiraciones de los miembros de sus familias, una importante proporción de los hombres de estratos populares urbanos se encuentran inhabilitados para el desempeño de los roles de esposo y padre. Esta situación anómica genera un circuito perverso en el cual el incumplimiento de las obligaciones debilita su autoridad dentro de la familia, lo que a su vez contribuye a acelerar su abandono de esas obligaciones.

Para comprender lo que significa esta erosión de su autoridad para los padres y esposos en los estratos populares urbanos, se debe tener presente cuán importante es para ellos el respeto y reconocimiento de los miembros de su familia como forma de compensar una condición general subordinada y marginal en la economía y en la sociedad. Ante la carencia de otras fuentes de autoestima, la pérdida de la autoridad familiar daña profundamente la valoración que el hombre tiene de sí mismo. La hipótesis que propongo es que el comportamiento supuestamente irresponsable del hombre de los estratos bajos con respecto a su función en el proceso de reproducción social es, en esencia, una respuesta a la de-

valuación estructuralmente condicionada de su imagen propia.

¿Cuáles son las consecuencias más significativas de estos procesos para la familia y la sociedad? La primera y más obvia es la desorganización familiar. Ya sea porque la familia no llega a constituirse, porque se constituye pero no se consolida, o porque el núcleo conyugal se disuelve, la falta de cumplimiento de las obligaciones de esposo y padre rompe el patrón de roles sociales que define a la familia como institución.<sup>6</sup> De esta primera consecuencia surge una segunda: el reforzamiento de los mecanismos de reproducción de la pobreza y de las desigualdades sociales. Los estudios acerca del impacto de las formas de constitución familiar sobre el desarrollo biológico e intelectual de los niños de estratos bajos muestran que la desorganización de las familias contribuye mucho a que las situaciones de alta vulnerabilidad social se transmitan de una generación a la siguiente; por lo tanto, sus efectos ayudan a modelar la forma más o menos equitativa que toman las estructuras sociales (CEPAL, 1991; Buvinic, Valenzuela, Molina y González, 1991; Astone y McLanahan, 1991, pp. 309-320). Una tercera consecuencia, muy poco explorada y aplicable en especial a los casos en los que el

sobre la esfera de lo doméstico y lo privado, en tanto que el varón es el depositario de la autoridad, de la cabeza, es un ser fuerte que reina y debe reinar sobre la esfera de lo público; él es el amo y señor, único proveedor de las necesidades económicas del hogar, y ella la sumisa y obediente compañera".

<sup>6</sup>La no constitución de la familia, ligada a las madres solteras, es vista como una forma de desorganización no sólo por cuanto el padre-esposo potencial no responde a las expectativas sociales, sino porque también refleja la debilidad de los mecanismos de socialización y control social de las respectivas familias de origen (véase Goode, 1961). No conozco estudios en la región que hayan explorado las características de los padres de las madres solteras, más allá de la escasa información que pueden brindar las mismas madres (véase Buvinic, Valenzuela, Molina y González, 1991).

padre está presente, se vincula con al menos dos contenidos de la socialización de los hijos. Por un lado, el niño aprende a vivir y ajustar su comportamiento a las imposiciones de un poder que no tiene legitimidad, que está disociado de la moral, y carece de modelos familiares que le permitan internalizar un concepto de poder vinculado a responsabilidades y obligaciones. Por otro, debido a las razones expuestas antes, su entorno le ofrece pocos ejemplos en los que los esfuerzos

se asocien con logros. Al internalizar una noción del poder desvinculada de la moral, y una noción de los logros desvinculada del esfuerzo, los hijos se transforman en portadores de expectativas y pautas de conducta propicias para que en el futuro se reproduzcan las situaciones de sus familias de origen. Por último, el debilitamiento o abandono del rol paterno hace a la sociedad menos capaz de regular áreas importantes del comportamiento de las nuevas generaciones.

## VI

### Corolario

Tanto por las consecuencias de la desorganización familiar sobre el bienestar de las personas involucradas, como por sus efectos sobre la estructura social, uno de los problemas principales que abordan las políticas de familia es encontrar la forma de contribuir a la constitución y consolidación de unidades que puedan cumplir funciones de socialización adecuadas a las exigencias de las sociedades actuales. Sin duda, las situaciones más graves de carencia a este respecto se concentran en los estratos populares urbanos.

Las reflexiones anteriores subrayan la necesidad de estudiar más a fondo los valores, actitudes y expectativas de los hombres de esos estratos, así como las condiciones en las cuales se genera una renuencia a asumir las obligaciones de esposo y padre. Tanto los académicos como los responsables de las políticas pertinentes deben tener presente el sesgo observado en la región, donde se tiende a plantear los problemas de la familia sobre la base de información recogida en estudios centrados específicamente en la situación de la mujer.

Las políticas que más se han desarrollado en este campo son aquellas dirigidas a resolver situaciones de desarticulación o conflicto intrafamiliar, o a compensar la ausencia del padre. De-

seo subrayar aquí la necesidad de atacar la raíz del problema, más que sus consecuencias. Para atender a la constitución y consolidación de familias, no sólo es preciso crear condiciones que faciliten el acceso a los recursos materiales, sino que también, reconociendo la profundidad de la brecha generacional, es necesario suministrar a niños y jóvenes orientaciones sólidas sobre contenidos de los roles de esposo y padre que estén en consonancia con la realidad en que va a actuar la familia. Esas orientaciones deberían propiciar la transmisión de imágenes que apoyen una repartición más equitativa del poder de decisión intrafamiliar y una menor diferenciación de las tareas en función del sexo, y que engendren en los hombres actitudes flexibles frente a su papel en el hogar. Se podría estimular así la presencia del hombre, reforzando su rol en la familia y corrigiendo a la vez sus expectativas con respecto a la distribución del poder y la división del trabajo en el hogar. Quizás dos de los avances más notables en este sentido que se han hecho en los últimos decenios han sido la ruptura de la segmentación por sexo en el reclutamiento de alumnos en los establecimientos escolares, y la igualación de los logros educativos de hombres y mujeres en un nivel marcadamente superior al de las generaciones anteriores.

## Bibliografía

- Astone, Nan Marie y Sara McLanahan (1991): Family structure, parental practices, and high school completion, *American Sociological Review*, vol. 56, N° 3, Washington, D.C., American Sociological Association, junio.
- Buvinić, Mayra (cons.), J.P. Valenzuela, Temístocles Molina y Electra González (1991): *La suerte de las madres adolescentes y sus hijos: un estudio de caso sobre la transmisión de la pobreza en Santiago de Chile* (LC/R. 1038), Santiago de Chile, CEPAL, 8 de agosto.
- Cassá, Roberto (cons.) (1989): *Juventud y sociedad en República Dominicana* (LC/R. 512), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 7 de julio.
- CEPAL (1991): *Panorama social de América Latina* (LC/C. 1688), Santiago de Chile, 31 de octubre.
- Cortázar, René (1977): *Necesidades básicas y extrema pobreza*, Estudios CIEPLAN, N° 17, Santiago de Chile, Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica (CIEPLAN), septiembre.
- Davis, Kingsly (1984): Wives and work: the sex role revolution and its consequences, *Population and Development Review*, vol. 10, N° 3, septiembre.
- De Oliveira, Orlandina y Brígida García (1991): Jefas de hogar y violencia doméstica, México, D.F., El Colegio de México, mimeo.
- Germani, Gino (s/f): Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna, *Crítica y utopía*.
- Gissi, Jorge (1978): El machismo en los dos sexos, Paz Covarrubias y Rolando Franco (eds.), *Chile, mujer y sociedad*, Santiago de Chile, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).
- Goode, William J. (1961): Family disorganization, Mabel A. Elliot y Francis E. Merrill (eds.), *Social Disorganization*, Nueva York, Harpers and Brothers.
- Heintz, Peter (1965): *Curso de Sociología*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Hoskins, Irene (1990): Changing family patterns, women and social security, *Network News*, vol. 5, N° 2, Bélgica, Asociación Internacional de Seguridad, otoño-invierno.
- Jusid, Ana (1988): América Latina: literatura sobre familia en los años setenta y ochenta, *Familia y desarrollo en América Latina y el Caribe*. Estudios y documentos CRSHSLAC, N° 6, Caracas.
- Kaztman, Rubén (1988): *Evolución y reproducción de la pobreza en Montevideo*, trabajo presentado al XVII Congreso Latinoamericano de Sociología, Montevideo, 5 y 6 de diciembre.
- Madeira, Felicia Reicher (1986): Los jóvenes en el Brasil: antiguos supuestos y nuevos derroteros, *Revista de la CEPAL*, N° 29, Santiago de Chile, Naciones Unidas, agosto.
- Mattelart, Armand y Michèle Mattelart (1968): *La mujer chilena en una nueva sociedad*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico.
- Naciones Unidas (1979): *Demographic Yearbook. Historical Supplement*, número especial, Nueva York. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: E.79.XIII.8.
- (1985): *Estimates and Projections of Urban, Rural and City Populations, 1950-2025: the 1982 Assessment*, Nueva York.
- Przeworski, Adam, Barnett R. Rubin y Ernest Underhill (1980): The evolution of the class structure of France, 1901-1968, *Economic Development and Cultural Change*, vol. 28, N° 4, Chicago, Ill., The University of Chicago Press, julio.
- Raczynski, Dagmar y Claudia Serrano (1985): *Vivir la pobreza. Testimonios de mujeres*, Santiago de Chile, Programa de Investigaciones Sociales sobre Población en América Latina (PISPAL)/Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica (CIEPLAN), julio.
- Smelser, Neil (1968): *Essays in Sociological Explanation*, Nueva Jersey, Prentice-Hall, Inc.
- Wainerman, Catalina (1981): La mujer y el trabajo en la Argentina desde la perspectiva de la Iglesia Católica a mediados del siglo, *Desarrollo económico*, vol. 21, N° 81, Buenos Aires, Instituto de Desarrollo Económico y Social, abril-junio.